

Convalecencias
La literatura en reposo

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Convalescences. La littérature au repos*
En cubierta: ilustración de © Falkensteinfo/Alamy Stock Photo

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© 2019, Société d'édition Les Belles Lettres

© De la traducción, Susana Prieto Mori

© Ediciones Siruela, S. A., 2022

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19207-35-7

Depósito legal: M-7.418-2022

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Daniel Ménager

Convalecencias

La literatura en reposo

Traducción del francés
de Susana Prieto Mori

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 127 (Serie Mayor)

Índice

Introducción	9
CAPÍTULO I	
Ese extraño «entredós»	19
CAPÍTULO II	
Sensaciones	59
CAPÍTULO III	
Experiencias amorosas	109
CAPÍTULO IV	
Tiempo de reflexión	159
CAPÍTULO V	
De Nietzsche a Gide	203
CAPÍTULO VI	
«La enfermedad humana»	241
Conclusión	285
Bibliografía	295
Índice onomástico	305

Introducción

«Si consideramos lo común que es la enfermedad, lo tremendo que es el cambio espiritual que conlleva, qué asombrosos los países desconocidos que entonces, cuando declinan las luces de la salud, se descubren, los páramos y desiertos del alma que un leve ataque de gripe desvela, los precipicios y praderas salpicadas de flores brillantes que nos revela una pequeña subida de la temperatura [...], resulta de verdad extraño que la enfermedad no haya ocupado su lugar, con el amor, las batallas y los celos, entre los principales temas de la literatura». Así se expresa Virginia Woolf en un artículo publicado en 1928¹. La gran novelista añade, no sin humor, que «una habría pensado que se dedicarían novelas a la gripe; epopeyas a las tifoideas; odas a la neumonía; canciones al dolor de muelas». La *boutade* es solo aparente. Virginia Woolf se queja, con razón, del olvido de nuestro cuerpo en la vida cotidiana. «La gente siempre escribe sobre las obras del pensamiento; las ideas que se le ocurren; sus nobles planes; cómo ha civilizado el pensamiento el universo [...], ignorando al cuerpo en la atalaya del filósofo»². Proust, citado en este texto, ya se había dado cuenta. Pero lo más importante, en la reflexión de V. Woolf, viene después. La enfer-

¹ Virginia Woolf, *De la maladie*, trad. fr., París, Rivages poche, 2018, págs. 27-28. [*Estar enfermo*, trad. esp. María Tena]. Este texto, encargado a la autora por T. S. Eliot, apareció por primera vez en 1926, en la revista *Forum*.

² *Ibid.*, págs. 30-31.

medad, explica, cambia nuestra mirada. Desde nuestra cama, desde nuestro diván, miramos. «Normalmente es imposible mirar al cielo mucho tiempo. A los transeúntes les molestaría y desconcertaría alguien que mire al cielo en público»³. «Ahora recostados, mirando hacia arriba, descubrimos que el cielo es algo tan distinto de eso que en realidad resulta un poco aterrador. ¡Así que esto ha pasado siempre sin que lo supiéramos! —esta incesante creación y destrucción de formas»⁴. Lo que también quiere decir que el cielo prescinde soberbiamente de nosotros. Las nubes se las arreglan, como bien dice Ramuz en una de sus novelas, sin pedirnos opinión. Ya no somos el centro del mundo.

Desplacemos un poco el cursor, como se dice ahora, y preguntémosnos si no ocurrirá lo mismo en la convalecencia. No se puede asegurar. Ya no estamos acostados, lo que orienta nuestra mirada hacia delante, siempre que aguanten las piernas. Nos sorprendemos entonces de volver a ver el cuarto, la calle y, para los privilegiados, el jardín. Pero la enfermedad ha dejado rastros, no solo a causa de la fatiga sufrida, sino porque, como dice también V. Woolf, hemos descubierto, algo desconcertados, una pequeña parte de los páramos de nuestra alma. Menos atentos que de costumbre, menos sometidos al principio de realidad, estamos confusos. Amigos y familiares nos felicitan por nuestra buena cara, pero, sin reconocerlo, contemplamos con cierta nostalgia los días de fiebre.

Ha hecho falta mucho tiempo para que la medicina se interese por ese momento de nuestras vidas, generalmente abandonado al empirismo. La medicina griega lo ignora, y la de los romanos poco más. Los novelistas medievales saltan a pies

³ *Ibid.*, pág. 43.

⁴ *Ibid.*, pág. 44.

juntos sobre ese periodo. No saben todavía que la vocación de la novela es describir los estados inciertos del yo. No se trata de cierto desprecio del cuerpo, injustamente atribuido a la Edad Media. Tienen la intuición de los «páramos del alma»⁵, pero no saben qué hacer con ellos. Recelan como de la peste de los «sueños de enfermos delirantes» (*aegri somnia*) de los que, según Horacio, el poeta debía alejarse⁶ y en los que los confesores solían ver las artimañas del diablo. ¡Que llegue pronto el tiempo de la salud recobrada, de la razón lúcida y la acción en el mundo!

No hizo falta esperar a la modernidad para que los poetas descubrieran lo fecundo de la enfermedad y la fiebre, pariente cercana de la inspiración, desconcertante aliada de la Musa y hasta de la elocuencia en sus mejores momentos, siempre que esté controlada. En cuanto a los novelistas, todo sucedió de otra manera. ¿A quién iban a convencer de que el relato de una neumonía tenía el menor interés? Había, por otra parte, una dificultad lógica: al ser el enfermo incapaz de escribir, solo *a posteriori* era el relato posible, en caso de que se diese. Aun en esas condiciones, presentaba muchas vicisitudes, porque tramos enteros de la enfermedad, en particular los días más febriles, escapaban al autor. Solo podía acceder a ellos, en el mejor de los casos, con ayuda de sus amigos y familiares, que le narraban hermosos delirios o bien desconcertantes fantasías. Vano ejercicio, sin duda es lo que pensaba san Agustín, que no dedicó más que un breve pasaje a una grave enfermedad de su juventud⁷. Se dirá que el escritor puede relatar a placer las

⁵ En el caso de Montaigne, será algo más que una intuición. Véase *Ensayos*, III, 6.

⁶ Horacio, *Arte poética*, v. 7.

⁷ Véase *infra*, cap. I.

enfermedades de sus personajes. Pero, durante mucho tiempo, eso no interesó a nadie.

¿Por qué, entonces, no hablar de la convalecencia mejor que de la enfermedad? El interés de tal desplazamiento es evidente. Aún débil, el sujeto ha recuperado la lucidez. Ve bajo una luz turbia los largos días que hubo de permanecer en cama, recuerda vagamente la inquietud de sus allegados, se reencuentra complacido con su vida cotidiana, pero renovada. ¡Cuántas sensaciones nuevas! Una convalecencia es, ante todo, eso: multitud de sensaciones inéditas que compensan ampliamente la obligación de tener que echarse la siesta, en una habitación acogedora o en el frío glacial de un sanatorio de los Alpes, de acostarse pronto y de no cometer exceso alguno. La *vox populi* recomienda esta prudencia, y con razón. Hasta tal punto que los primeros estudios médicos dedicados a la convalecencia insisten en la fragilidad del antiguo enfermo. Desde luego, esta etapa carece del mismo prestigio. Comparada con las fiebres delirantes, la convalecencia desmerece un poco. A cambio se consagra al triunfo de la sensación, lo que le da ventaja sobre la enfermedad y sobre la salud plena. Enfermos, sentimos poco, en realidad. Y cuando hemos recuperado la salud, la sensación se esconde más aún. Canguilhem lo explicó de forma definitiva: lo propio de la buena salud es sustraernos la sensación de nuestro cuerpo⁸. De ahí a favorecer, voluntariamente, los estados febriles y cuanto hay de doliente en nosotros hay solo un paso, que dieron los decadentes y algunos pintores. Uno de los más representativos a este respecto, y que ha sido redescubierto, es James Tissot (1836-1902). Varias de sus telas llevan por título *La convaleciente*. Una de las mejores muestra a una joven sentada al aire libre en un sillón de mimbre, en compañía

⁸ Véase *infra*, cap. I.

de su carabina, una señora de edad respetable y aspecto poco atractivo. Manifiestamente fatigada, la joven lamenta quizá la marcha de un amigo que ha dejado su bastón y su sombrero sobre otra silla de mimbre⁹. ¿Quién descifrará sus sueños? Nunca son estos tan frecuentes como en los momentos en que el alma está tan débil como el cuerpo. No hizo falta esperar a las lánguidas muchachas del pintor franco-inglés para prestarles atención. Esta se la debemos en lo esencial a la época de Rousseau y de Madame de Staël.

Sin embargo, alcanza su plenitud con el desarrollo de un género: la novela de aprendizaje (*Bildungsroman*). Es necesario que el joven, o la joven con menor frecuencia, encuentre obstáculos, dificultades, oposiciones. Las rivalidades, las traiciones e incluso las bancarrotas, resultan útiles, pero es más interesante verlos superar ciertos obstáculos interiores. Entre ellos, ocupan un lugar preponderante la enfermedad y, más aún, la convalecencia. ¿Paradoja? En absoluto. Por medio de la enfermedad, el protagonista ha quedado aislado del mundo. Sus amigos le dicen que debe regresar para conquistarlo y suscitar la admiración de las mujeres. Al menos así sucede en la novela balzaciana. Pero nuestro protagonista ha escuchado también, durante su larga inacción, voces muy diferentes que le sugerían la posibilidad de vivir de otra manera y los muchos atractivos del reposo. Esa tentación no data de la novela moderna: está en el corazón de la novela medieval, en particular, en la de Chrétien de Troyes, con la figura del «recreante», que es el que reposa, el que disfruta de un recreo porque ya no soporta el peso de la

⁹ *La convaleciente*, hacia 1875-1876, Sheffield City Art Galleries. Véase James Tissot (1836-1902), catálogo de la exposición del Petit Palais, 1985, pl. XIX, pág. 114; así como *Belleza, moral y sensualidad en la Inglaterra de Oscar Wilde*, exposición del museo de Orsay, Ginebra, Skira, 2011.

guerra y los torneos. ¿Cómo vencer esa p rfida tentaci3n? No figura en ningún catálogo de pecados. Lo que la convalecencia pone en tela de juicio es toda una forma de vida. Entonces, creo que el hombre en riesgo de caer en ella no muere con la Edad Media porque, de una forma obviamente distinta, vuelve a aparecer en *La montaa m gica* de Thomas Mann, en el personaje de Hans Castorp, cautivo del universo helado de Davos, donde todo está organizado de forma perfecta y calculado, lejos del caos de la vida corriente y del *struggle for life*.

En la novela del siglo XIX se presencia también el triunfo de este tipo de personaje. De este, la modernidad ha hablado, en ocasiones, de un modo irreflexivo¹⁰. Ha visto en él a la marioneta del autor, que lo abre en canal, que ve hasta sus más íntimos pensamientos. El novelista clásico se convertía en un avatar de Dios. Dado que este (lo cual es otra cuesti3n) había muerto, sobrevivía en la persona del novelista omnisciente. Ahora sabemos que las cosas son de otra manera. Muy listo hay que ser para devanar la madeja de los pensamientos de la señora de Mortsauf, la protagonista de *El lirio en el valle*. Hay que interpretar, una vez tras otra, para encontrar la figura que dará sentido a la convalecencia de sus hijos. A sus propios ojos, el personaje novelesco es un ser distante. La novela epistolar es señal elocuente de esta evidencia. No es casualidad que Rousseau y tantos otros recurrieran a esa forma. Enfermo, y después convaleciente, el personaje clásico no deja de sorprenderse de sí mismo, de su fragilidad, de sus visiones, sus sueños. Totalmente subjetivo, es el soporte ideal para un discurso sobre la convalecencia. La novela epistolar solo tiene dos rivales: el diario personal y la autobiografía. En efecto, nada mejor que el

¹⁰ Hoy en día se ven las cosas de otra forma: véase Thomas Pavel, *La pensée du roman*, París, Gallimard, 2003.

primero para ceñirse a sus inflexiones múltiples, a sus avances y retrocesos, a sus faenas y sus placeres. La autobiografía tiene igualmente ventajas. Escrita también en primera persona, pone en perspectiva la historia del yo a la luz de una vida que ya es larga. No es casualidad que uno de los capítulos más conocidos del *Wilhelm Meister* de Goethe, «Confesiones de un alma bella», adopte forma de autobiografía¹¹. Tendrá derecho de entrada en este estudio en la medida en que forme parte de una novela. En cambio, se dejará fuera la inmensa masa de diarios personales, salvo dos excepciones: los de Frédéric Amiel y los de Pessoa (si es que la palabra «personal» tiene algún sentido en lo que al escritor portugués se refiere).

Dado que, incluso en el siglo XIX, el discurso médico se interesa poco por la convalecencia, podemos sentir la tentación de considerarla irrelevante y de celebrar la lucidez de la novela, tan superior a la de los médicos. Sería un error. Lo poco que dicen los médicos es de esencial relevancia. La noción de «fuerza vital», elaborada entre cierta confusión por los del XVIII, inspira muchas historias de enfermedad, tanto en Balzac como en Goethe. Bichat, sin duda, no pensaba estar haciendo filosofía al escribir: «La vida es el conjunto de funciones que resisten a la muerte». Es la primera frase de las *Investigaciones fisiológicas sobre la vida y la muerte* (1800)¹². He aquí, en el umbral de un libro puramente médico, una frase con múltiples ecos. Sitúa nuestra vida bajo la amenaza casi constante de la muerte, algo que no sorprendería si viniera de un moralista o un predicador, pero aquí es un médico quien habla. El sentimiento de fragilidad¹³, a menudo alimentado por los antiguos griegos y

¹¹ Véase *infra*, cap. IV.

¹² París, 1800. Ver la edición de Gauthier-Villars, París, 1955.

¹³ Véase Jean-Louis Chrétien, *Fragilité*, París, Minuit, 2013, e *infra*, cap. I.

por ciertos libros de la Biblia, se ha convertido en una evidencia médica. Avancemos un siglo y medio. En la reflexión que sigue, el nombre de Georges Canguilhem, médico y filósofo a un tiempo, aparece con frecuencia. Tuvo el inmenso mérito de alertarnos sobre los abusos del lenguaje y de explicar que la salud no se «recobra» después de la enfermedad. Una vez pasa esta, ya no somos igual que éramos. Lo que hay es una ilusión de retorno, de la cual ciertos novelistas están bien informados. Este libro tratará de restaurar cierto diálogo entre medicina y literatura.

No será cronológico, salvo en los dos últimos capítulos. En efecto, durante mucho tiempo, las cosas no cambiaron. El discurso médico no sabía qué decir de la convalecencia. Por su parte, los novelistas presentaban su importancia filosófica. Cierta estremecimiento se produjo en la época de la *Enciclopedia*. Pero hubo que esperar otro siglo para que se iniciaran auténticos debates al respecto. La época de Gide está harta de las fatigas, las clorosis y las languideces simbolistas, aun cuando pretenden ser divertidas¹⁴. El decadentismo se ha terminado. Gide va a buscar la salud, la curación, en Biskra y en sus lugares anhelados. De este modo cree estar siguiendo la lección de Nietzsche, que en realidad decía algo muy distinto, pero de una forma tan nueva que nadie podía entenderlo. Más o menos cronológico es también el último capítulo de este libro, donde intervienen grandes testigos de nuestra modernidad: Céline, Cendrars, Döblin y algunos más. Es necesario (¿por fin?) mantener un discurso veraz sobre las heridas, la convalecencia y lo que viene después. Si siguiéramos dudando de la imposibilidad

¹⁴ Véase, por ejemplo, de Jules Laforgue, el «Lamento de una convalecencia en mayo», *Les complaintes, Poésies complètes*, París, Le Livre de poche, 1970, pág. 124.

de regresar a la vida anterior, si la impostura de ese pequeño prefijo (re-) siguiera engañándonos, ahí están para abrirnos los ojos: un brazo que falta se nota, por así decirlo, igual que una cicatriz.

Una amiga me señalaba que, en nuestra época, la palabra «convalecencia» escasea. Tenía razón. Conlleva demasiadas esperanzas, ingenuas a veces, como para adecuarse a los tiempos que vivimos. Se presentan otras palabras que tienen la ventaja de la precisión. Es el caso de «resiliencia». El resiliente ha conocido abismos, como los de la deportación. Por motivos que examinaremos, ha salido a la superficie, un poco como el resucitado de D'Aubigné que, comparado con un buceador, emerge gracias a un vigoroso golpe de talón¹⁵. Los supervivientes de Auschwitz nunca hablan de convalecencia para referirse a las semanas y los meses que siguieron a su regreso del infierno. Con mayor modestia, explican que intentaron volver a vivir. En ocasiones, como para Primo Levi, el intento fue superior a sus fuerzas. Quitémosle, por tanto, a la convalecencia sus oropeles simbolistas, sus artificiosas languideces. Tal vez valga la pena.

Una cosa más. Las fronteras entre enfermedad y convalecencia son tan borrosas que a veces es imposible determinar, salvo por indicación implícita del novelista, si el personaje ha pasado de un estado a otro. ¿Enfermos o ya convalecientes, los internos de los grandes sanatorios? Muy listo habría que ser para decirlo. De todas formas, la enfermedad seguirá siempre acechando a quienes hayan creído sanar.

Hemos entrado en la era de la fragilidad.

¹⁵ D'Aubigné, *Las trágicas*, «Juicio», v. 675.